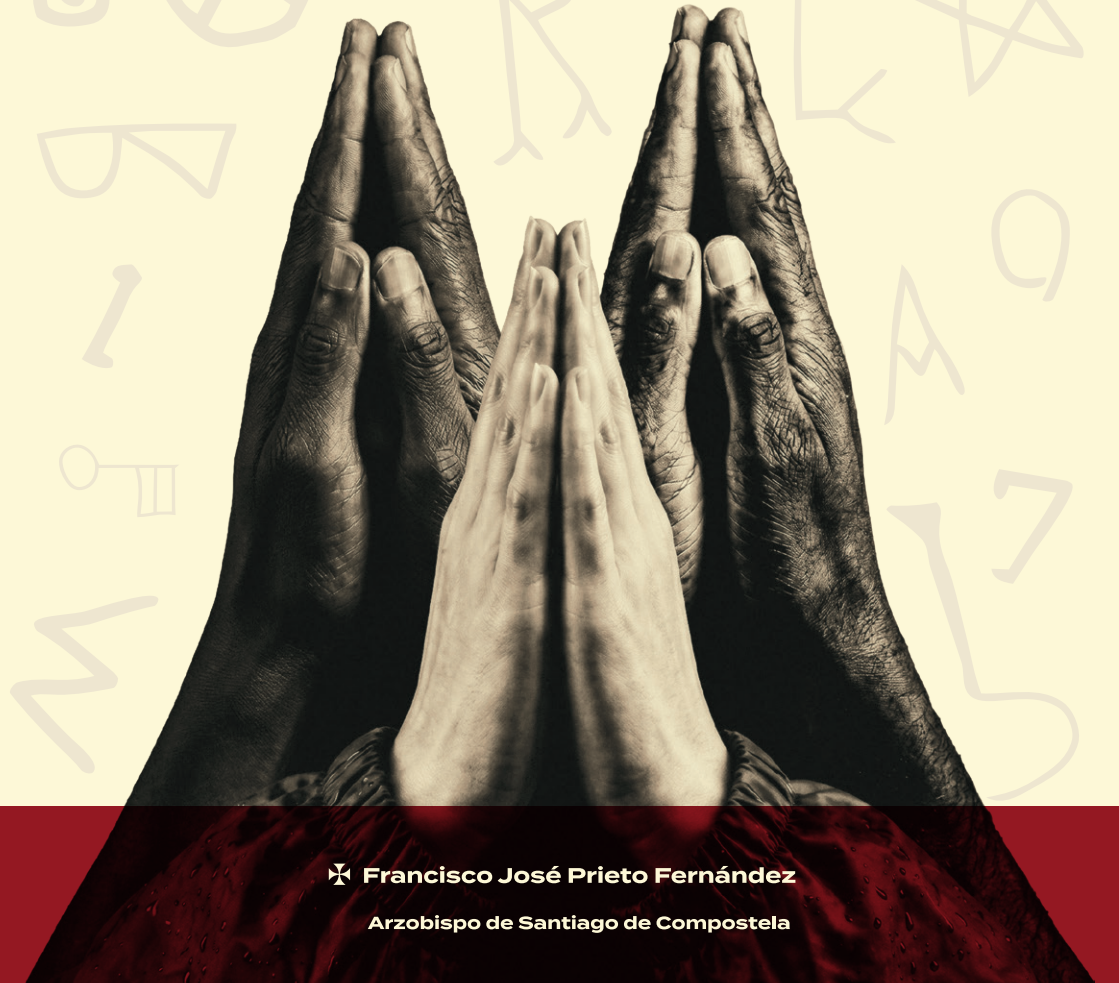
27 Año Santo Compostelán

Carta pastoral

con ocasión del Año Santo Compostelano 2027



✠ Francisco José Prieto Fernández

Arzobispo de Santiago de Compostela



ARQUIDIOCESE
SANTIAGO
DE COMPOSTELA

Carta pastoral

con ocasión del Año Santo Compostelano 2027

✠ Francisco José Prieto Fernández

Arzobispo de Santiago de Compostela



INTRODUCCIÓN. Volver a mirar la estrella

“Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría” (Mt 2,10)

Queridos hermanos y hermanas:

Con estas palabras, sencillas y luminosas, el evangelista Mateo describe la experiencia interior de los Magos de Oriente, cuando, tras largas jornadas de búsqueda y caminos inciertos, descubren nuevamente la estrella que los conducía hacia Belén. Aquella luz no eliminó la dureza del viaje ni evitó las preguntas del camino, pero les devolvió la certeza de que no caminaban sin sentido, de que la realidad no era un laberinto absurdo y de que existía una meta capaz de colmar su esperanza: “¿Dónde está el Rey de los judíos? Porque hemos visto salir su estrella y venimos adorarlo” (Mt 2, 2). Como comenta San León Magno, “el signo que puso efectivamente en marcha a los lejanos Magos y los llevó perseverantemente hasta el Señor, este signo fue, sin duda, un sacramento de esta gracia y el comienzo de esta vocación, que haría que el Evangelio de Cristo no fuese predicado solamente en Judea, sino también en el mundo entero”[1].

1. San León Magno, Sermón XXXV, 1. *Sobre la Epifanía de Nuestro Señor Jesucristo 5* (BAC 291, p. 140).

Por eso, quiero anunciaros con inmenso gozo la próxima **celebración del Año Santo Compostelano 2027, Año de gracia y de perdón.** La apertura de la Puerta Santa en la Catedral de Santiago, donde los restos y la memoria del Apóstol Santiago el Mayor se conservan y veneran, es una invitación a que sintamos la necesidad de volver a levantar la mirada hacia la estrella que nos muestra el Camino. Nuestro tiempo aparece atravesado por profundas contradicciones. La humanidad posee hoy enormes capacidades científicas y tecnológicas; sin embargo, junto a los avances que mejoran la vida de millones de personas, emergen nuevas formas de fragilidad, soledad y desorientación espiritual. Vivimos en una época marcada por guerras y polarizaciones, por el debilitamiento de vínculos comunitarios, por incertidumbres económicas y culturales y por una creciente dificultad para responder a las preguntas últimas sobre el sentido de la existencia.

El hombre contemporáneo parece haber conquistado múltiples espacios exteriores, pero frecuentemente permanece desconcertado ante su propio interior. El desarrollo de la inteligencia artificial, la aceleración tecnológica y las nuevas posibilidades de intervención sobre la vida humana abren horizontes inéditos y, al mismo tiempo, suscitan profundas cuestiones antropológicas y éticas. Como advertía Romano Guardini, el hombre contemporáneo ha adquirido un poder inmenso sobre el mundo y sobre sí mismo, sin haber alcanzado todavía la madurez moral y espiritual necesaria para orientarlo adecuadamente[2]. La cuestión decisiva no es únicamente qué podemos hacer, sino quiénes somos y hacia dónde orientamos nuestra libertad. Tal como ya advertía el papa Francisco: "El ser humano no es plenamente autónomo. Su libertad se enferma cuando se entrega a las fuerzas ciegas del inconsciente, de las necesidades inmediatas, del egoísmo, de la violencia. En ese sentido, está desnudo y expuesto frente a su propio poder, que sigue creciendo, sin tener los elementos para controlarlo. Puede disponer de mecanismos superficiales, pero podemos sostener que le falta una ética sólida, una cultura y una espiritualidad que realmente lo limiten y lo contengan en una lúcida abnegación"[3].

En medio de esta situación histórica, el Camino de Santiago y el Año Santo Compostelano aparecen como un signo providencial. No simplemente como un acontecimiento religioso o cultural de gran relevancia histórica, sino

2. R. Guardini, *El ocaso de la Edad Moderna* (Madrid 1958), p. 112.
3. Francisco, Carta encíclica *Laudato sì* (Roma 2015), n. 105.

como una llamada espiritual dirigida al corazón de nuestro tiempo. El Jubileo Compostelano quiere ser un espacio abierto donde el hombre contemporáneo pueda reencontrarse consigo mismo, con los demás y con Dios.

El Camino sigue convocando a creyentes y no creyentes, a hombres y mujeres que buscan respuestas y a otros que apenas perciben una inquietud interior difícil de nombrar. Y precisamente ahí radica una de las grandezas espirituales de la peregrinación jacobea: el Camino se convierte en lugar de encuentro y de preguntas, en espacio donde la superficialidad cotidiana se resquebraja y reaparece la cuestión fundamental por el sentido de la vida: "la peregrinación desempeña un papel importante en nuestra vida de fe, pues nos brinda el tiempo y el espacio para un encuentro más profundo con Dios. Nos aleja de la rutina y el bullicio de la vida cotidiana y nos ofrece el espacio y el silencio necesarios para escuchar la voz de Dios con mayor claridad"[4].

Porque el hombre, incluso cuando pretende olvidarlo, sigue siendo un ser en búsqueda. Como escribió San Agustín de Hipona al inicio de sus *Confesiones*: "Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti"[5]. Ningún progreso técnico, ningún bienestar material y ninguna promesa de autosuficiencia logran apagar completamente esa inquietud que habita el corazón humano.

El Año Santo Compostelano 2027 quiere ser, por ello, una gran invitación a la esperanza. Una llamada a volver a caminar. A salir de nuestras seguridades y rutinas. A atravesar las noches personales y colectivas sosteniendo la mirada en la estrella que conduce hacia Cristo.

El Año Santo Compostelano 2027 quiere presentarse como una verdadera llamada dirigida al corazón del hombre contemporáneo y a la conciencia de nuestra sociedad. En un tiempo frecuentemente marcado por la incertidumbre, el cansancio interior y la fragmentación, el Jubileo Compostelano desea ofrecer un horizonte de sentido y una experiencia renovada de esperanza.

Quiere ser una invitación a volver a caminar ante una de las grandes tentaciones de nuestro tiempo que consiste precisamente en instalarnos en la comodidad,

4. León XIV, *Discurso a peregrinos de Letonia* (24 de noviembre de 2025).
5. San Agustín de Hipona, *Las Confesiones* I, 1, 1 (BAC 11, p. 6).

en el desencanto, en el individualismo, en la superficialidad o incluso en la resignación. El hombre contemporáneo posee medios para desplazarse rápidamente, pero con frecuencia ha perdido interiormente el motivo del camino. Se mueve mucho, pero sabe cada vez menos hacia dónde orientar verdaderamente su existencia. La peregrinación jacobea recuerda, por el contrario, que vivir es caminar, que existir es buscar y que el ser humano solo comprende plenamente su vida cuando la experimenta como vocación y como itinerario.

El Año Santo quiere ayudarnos a salir de nuestras seguridades y rutinas. La llamada dirigida por Dios a Abraham — "Sal de tu tierra" (Gn 12,1)— atraviesa toda la historia bíblica y conserva una sorprendente actualidad. También nosotros necesitamos abandonar muchas veces las falsas seguridades con las que intentamos protegernos: la autosuficiencia, el consumismo, la indiferencia religiosa, la absolutización del bienestar o la ilusión de controlar completamente nuestra vida y nuestro futuro. El Camino de Santiago posee precisamente esa capacidad de desinstalar: el peregrino aprende pronto que no lo controla todo, que necesita de los demás, que debe aceptar su fragilidad y que la vida se sostiene también sobre la gratuidad, la confianza y el don.

Por eso el Jubileo Compostelano quiere ser igualmente una llamada a recuperar la interioridad. Vivimos en una cultura frecuentemente dominada por el ruido, la dispersión y la aceleración. El hombre actual corre el riesgo de perder la capacidad de contemplar y de escuchar: "la crisis temporal solo se superará en el momento en que la *vita activa*, en plena crisis, acoja de nuevo la *vita contemplativa* en su seno"[6]. Saturado de estímulos, termina muchas veces desconectado de sí mismo y de las preguntas esenciales de la existencia. El Camino ofrece, en cambio, una pedagogía del silencio y de la lentitud. El cansancio del caminar, la austeridad del peregrino, la contemplación de la naturaleza y el encuentro gratuito con otros caminantes van purificando poco a poco la mirada interior y permiten que emerjan nuevamente las grandes preguntas del corazón humano, sobre Dios y sobre sí mismo.

El Año Santo quiere ser también una invitación a atravesar las noches

6. Cf. Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo* (Barcelona 2020), p. 11. También del mismo autor *La sociedad del cansancio* (Barcelona 2021²).

personales y colectivas sin sucumbir a la desesperanza. Porque no podemos ignorar las sombras de nuestro tiempo. Existen heridas profundas en la vida de muchas personas: soledades silenciosas, fragilidades familiares, incertidumbres laborales, sufrimientos psicológicos, guerras, migraciones forzadas, pobreza y nuevas formas de exclusión. A ello se suma una cierta oscuridad espiritual que afecta a amplios sectores de nuestra cultura y que lleva a vivir "como si Dios no existiera"[7]. El hombre contemporáneo experimenta con frecuencia un cansancio existencial difícil de nombrar.

Precisamente por eso, el lema del Año Santo posee una fuerza tan significativa: "Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría" (Mt 2,10). Los Magos encontraron la alegría no porque desaparecieran sorprendentemente las dificultades del camino, sino porque descubrieron de nuevo una luz que orientaba sus pasos. La estrella no eliminó la noche, pero les permitió atravesarla. Del mismo modo, la fe cristiana no suprime automáticamente el sufrimiento ni las contradicciones de la historia; pero ofrece una luz capaz de dar sentido al camino y de sostener la esperanza incluso en medio de la oscuridad: "La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar"[8].

En este sentido, el Año Santo Compostelano quiere ayudar a redescubrir que la esperanza cristiana no es ingenuidad ni simple optimismo. La esperanza nace del encuentro con Jesucristo, muerto y resucitado, vencedor del pecado y de la muerte: "la vida cristiana es un camino, que también necesita momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús"[9]. Solo una esperanza más grande que nuestras propias capacidades puede sostener plenamente la existencia humana: "en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria"[10]. El hombre necesita una "gran esperanza" que vaya más allá de los logros parciales y frágiles de la historia y "esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que

7. Benedicto XVI, Audiencia General (14 de noviembre de 2012).
8. Francisco, Carta encíclica *Lumen fidei* (Roma 2013), n. 57.
9. Francisco, Bula de convocatoria del Jubileo Ordinario 2025 *Spes non confundit* (Roma 2024), n. 5.
10. Francisco, *Spes non confundit*, n. 19.

nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar"[11]. Por ello, el Jubileo Compostelano está llamado a ser un acontecimiento profundamente espiritual y evangelizador. Una oportunidad para reencontrarse con Dios, para experimentar la misericordia, para reconciliarse consigo mismo y con los demás, para redescubrir la belleza de la fe y para abrir nuevamente la vida al horizonte de la trascendencia.

El Camino de Santiago ha sido históricamente un camino de conversión. La peregrinación supone siempre una transformación interior. El peregrino llega a Compostela siendo, de algún modo, distinto de aquel que comenzó el camino, pues ha aprendido algo sobre sí mismo, sobre los demás y sobre Dios. Ha experimentado su fragilidad y también la fuerza de la fraternidad; ha descubierto que la vida no se sostiene únicamente sobre la eficacia y el rendimiento, sino también sobre la gratuidad, la belleza y la esperanza.

En este contexto, el Año Santo Compostelano 2027 quiere ser igualmente una llamada dirigida a la Iglesia. Una invitación a renovar su impulso evangelizador y su capacidad de acogida. El Camino ofrece a la Iglesia una oportunidad extraordinaria para acercarse al hombre contemporáneo no desde la imposición, sino desde el acompañamiento; no desde la nostalgia, sino desde el testimonio humilde y alegre del Evangelio. Como nos exhortaba San Pablo VI, "conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo - como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia - con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual - que busca a veces con angustia, a veces con esperanza - pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo"[12].

11. Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe Salvi* (Roma 2007), n. 31.
12. San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (Roma 1975), n. 80.

Muchos peregrinos llevan en "sus mochilas" heridas invisibles, preguntas no formuladas, búsquedas espirituales o incluso una vaga nostalgia de Dios. La Iglesia está llamada a acompañar esas búsquedas con cercanía y misericordia: una conversación sencilla, una acogida fraterna, una liturgia celebrada con belleza y profundidad, una iglesia abierta al silencio, el sacramento de la reconciliación ofrecido con paciencia y humanidad o el simple testimonio de una comunidad creyente pueden convertirse en lugares donde la persona vuelva a experimentar que Dios sigue saliendo a su encuentro.

Por eso, el Año Santo Compostelano quiere ser también una escuela de fraternidad. En un mundo polarizado y fragmentado, el Camino recuerda que nadie se salva solo[13]. Los peregrinos avanzan sostenidos muchas veces por pequeños gestos de ayuda mutua, por la hospitalidad compartida, por la conversación inesperada o por la solidaridad nacida del cansancio común. El Camino enseña que el ser humano no se realiza aislándose, sino aprendiendo a caminar con otros.

Finalmente, el Jubileo Compostelano quiere volver a señalar a Cristo como horizonte último del camino humano. La estrella conduce a Belén, como el Camino conduce a un encuentro. Toda auténtica peregrinación cristiana es, en el fondo, una peregrinación hacia Cristo, en quien el hombre descubre plenamente su verdad, su dignidad y su esperanza.

Como escribió San Juan Pablo II, Jesucristo es "el centro del cosmos y de la historia"[14]. Y solo desde Él, Verbo encarnado, el hombre puede comprender plenamente quién es y hacia dónde se dirige (cf. GS 22), pues "en Jesucristo, esta magnífica humanidad encuentra el camino, la verdad y la vida, abriendo a cada uno de nosotros la vía para crecer hacia la plenitud"[15]. El Año Santo Compostelano quiere ayudar precisamente a esto: levantar de nuevo la mirada hacia la estrella para reencontrar la alegría de caminar hacia una esperanza que no defrauda (cf. Rom 5, 5), Cristo, "nuestra esperanza" (1Tim 1,1).

13. Francisco, Carta encíclica *Fratelli tutti* (Roma 2020), n. 32.
14. San Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptor Hominis* (Roma 1979), n. 1.
15. León XIV, Carta encíclica *Magnifica humanitas* (Roma 2026), n. 1

I. El hombre, ser peregrino

La experiencia del camino pertenece profundamente a la condición humana. La vida no es una realidad estática ni un simple permanecer. El hombre es un ser en camino, pues toda existencia humana posee estructura de peregrinación. Sin duda, una de las imágenes más fecundas de la tradición cristiana ha sido siempre la del *homo viator*, el hombre peregrino. No somos seres definitivamente instalados. Habitamos provisionalmente el tiempo y la historia mientras buscamos una plenitud que siempre nos excede: "El Camino de Compostela, como toda creación del hombre, es signo, y así, el Camino significa, en última instancia, la vida humana. Caminar y peregrinar sin patria en el destierro de este mundo. La fatiga en el camino nos indica que todo hombre es, en esencia, *viator*, peregrino, creado por Dios y liberado por Cristo, cuya afirmación de creaturalidad es el pilar del Camino que encuentra su mayor grandeza en la fundamentación de la dignidad, en la sacralidad de todos y cada uno de los hombres"[16].

Esta intuición atraviesa tanto la Sagrada Escritura como el pensamiento cristiano. Abraham escucha la voz de Dios que le dice: «Sal de tu tierra» (Gn 12,1). Israel recorre el desierto en un éxodo hacia la tierra prometida. Los discípulos siguen a Cristo caminando tras Él (cf. Mc 1, 17; 8, 34), que se desvela como el camino que nos conduce al Padre (cf. Jn 14, 6). Por eso, el creyente recorre su camino consciente de que realiza una peregrinación hacia el encuentro definitivo con el Padre: "Jesús es el camino y el Padre es donde el camino toca a su fin. Jesús no es solamente el camino en la medida en que por su enseñanza como maestro conduce a la vida; es el camino que conduce al Padre en la medida que él mismo es la verdad y la vida. Él es el camino de vida y de verdad. Para ir al Padre hay que seguir a Jesús. Él es también la puerta (Jn 10, 9) porque ir a Dios es entrar en él, pasar por él"[17].

La Iglesia misma nace como pueblo peregrino en la historia, tal como nos recuerda el mismo Concilio Vaticano II, citando a San Agustín: "La Iglesia «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cf. 1 Co 11,26)" (LG 8). El *A Diogneto* (V, 5.9) describe admirablemente esta condición cristiana: "Habitan sus

16. Eugenio Romero Pose, *El hombre como peregrino* (Madrid 2021), p. 11.
17. Ysabel de Andía, *Homo Viator. Antropología del camino espiritual* (Madrid 2017), p. 10.

propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria tierra extraña… Pasan la vida en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo".

El hombre y la mujer contemporáneos, aun cuando frecuentemente viven distraídos por el ruido y la aceleración, continúan experimentando interiormente esta condición peregrina. Persiste la pregunta por el sentido, por el destino, por la verdad y por la felicidad. Este caminar no es algo incoherente, sino que está profundamente relacionado con la trascendencia y el más allá.

En este contexto, el Camino de Santiago aparece como una gran metáfora existencial y espiritual. El peregrino descubre pronto que caminar transforma la mirada, la lentitud purifica y el esfuerzo desinstala. El silencio devuelve profundidad a las preguntas y la convivencia con desconocidos revela la necesidad de fraternidad. Por eso, "los peregrinos del Camino de Santiago saben bien que en la mochila debe cargarse sólo lo esencial"[18].

No es casual que tantos hombres y mujeres, incluso alejados explícitamente de la fe, se sientan atraídos por la experiencia de la peregrinación. El Camino invita precisamente a desacelerar, a escuchar, a habitar el tiempo de otro modo. En él reaparecen preguntas fundamentales que la vida ordinaria frecuentemente silencia: ¿qué sostiene realmente mi existencia?, ¿qué espero?, ¿qué amo?, ¿qué permanece? Por eso "peregrino es el que abandona su casa, deja su patria y emprende su ida a una tierra lejana para cambiar su situación. Es la opción de posponer el tener por el ser… No es posible emprender el Camino, ser peregrino, sin que anide en el alma la sensación de que siendo extranjero se puede alcanzar una realidad mejor de la que se ha abandonado"[19].

En una de sus últimas audiencias, el papa Francisco, ante más de 5000 peregrinos y voluntarios italianos del Camino de Santiago, en la basílica de San Pedro, nos recordó el sentido auténtico de la peregrinación a Santiago en tres signos:

> "El primero es el silencio. El camino vivido en silencio te permite escuchar, escuchar con el corazón, y así encontrar, al caminar, a través del esfuerzo,

18. León XIV, *Saludo en el encuentro con los obispos de España* (Madrid, 8 de junio de 2026).
19. Eugenio Romero Pose, *El hombre como peregrino*, p. 12.

> las respuestas que tu corazón busca, porque tu corazón se pregunta… En segundo lugar, el Evangelio... La peregrinación se hace releyendo el camino que Jesús recorrió, hasta el don extremo de sí mismo. El camino es tanto más verdadero, tanto más cristiano, cuanto más nos lleva a salir de nosotros mismos y a entregarnos libremente al servicio de los demás. Y esto es lo que hace el Espíritu Santo cuando leemos el Evangelio cada día… El tercer elemento de la peregrinación es lo que he llamado el «protocolo de Mateo 25»: «Todo lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). El silencio, el Evangelio y hacer el bien a los más pequeños, a los más desfavorecidos. Siempre haciendo el bien. En el camino, estad atentos a los demás, especialmente a los que más luchan, a los que han caído, a los que están necesitados"[20].

Todo ello convierte al Camino de Santiago en una verdadera pedagogía espiritual para nuestro tiempo: educa lentamente en dimensiones esenciales de la existencia que con frecuencia han quedado debilitadas o relegadas, como el silencio, la interioridad, la paciencia, el esfuerzo, la contemplación, la gratuidad y la apertura al otro.

El verdadero camino acontece también en el interior de la persona. Paso a paso, jornada tras jornada, el Camino va desmontando falsas seguridades y obligando a reencontrarse con uno mismo. La fatiga, la sencillez de la vida cotidiana, la reducción de necesidades, el contacto con la naturaleza y el ritmo lento de la marcha ayudan a recuperar una relación más auténtica con el tiempo, con el cuerpo y con la propia interioridad. En palabras de Benedicto XVI: "El cansancio del andar, la variedad de paisajes, el encuentro con personas de otra nacionalidad, los abren a lo más profundo y común que nos une a los humanos: seres en búsqueda, seres necesitados de verdad y de belleza, de una experiencia de gracia, de caridad y de paz, de perdón y de redención. Y en lo más recóndito de todos esos hombres resuena la presencia de Dios y la acción del Espíritu Santo. Sí, a todo hombre que hace silencio en su interior y pone distancia a las apetencias, deseos y quehaceres inmediatos, al hombre que ora, Dios le alumbra para que le encuentre y para que reconozca a Cristo. Quien

20. Francisco, *Discurso a los peregrinos italianos del Camino de Santiago atendidos por la Obra Don Guanella* (19 de diciembre de 2024).

peregrina a Santiago, en el fondo, lo hace para encontrarse sobre todo con Dios que, reflejado en la majestad de Cristo, lo acoge y bendice al llegar al Pórtico de la Gloria"[21].

En este sentido, la peregrinación jacobea constituye una experiencia profundamente contracultural. Mientras la sociedad contemporánea impulsa constantemente hacia la productividad, la inmediatez y el consumo acelerado de experiencias, el Camino enseña a detenerse, a escuchar y a contemplar, frente a una hiperactividad permanente que fragmenta la atención, dificulta el silencio interior y termina debilitando la capacidad de percibir lo esencial. Como el hijo pródigo del Evangelio, el peregrino puede reencontrarse consigo mismo, precisamente cuando abandona caminos de autosuficiencia y se pone nuevamente en marcha hacia la casa del Padre (cf. Lc 15, 18).

El Camino, por el contrario, obliga a mirar de otro modo. El peregrino aprende a reconciliarse con el silencio, descubre el valor de las conversaciones lentas, de los encuentros gratuitos, de los pequeños gestos de ayuda mutua. El cristiano sabe que el silencio no es vacío, sino el espacio donde puede resonar la Palabra de Dios. El peregrino que camina con sosiego aprende poco a poco a escuchar no solo el sonido de sus pasos, sino también las preguntas de su corazón y la voz discreta del Señor que sigue hablando en medio de la historia. El Camino favorece así una experiencia espiritual semejante a la de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13ss): Cristo mismo se hace compañero de camino, dilucida la vida del hombre y vuelve a encender la esperanza en el corazón cansado.

Además, el Camino educa espiritualmente en la conciencia de fragilidad. El peregrino experimenta sus límites físicos, sus cansancios y vulnerabilidades. Todo ello forma parte de la auténtica peregrinación cristiana. En una cultura que busca eliminar inmediatamente toda incomodidad y todo sufrimiento, el Camino recuerda que la maduración espiritual pasa también por la perseverancia, la paciencia y la capacidad de atravesar la noche sostenidos por la esperanza.

El peregrino descubre así que la cruz forma parte del camino cristiano, pues Jesús mismo llamó a sus discípulos a tomar la cruz y seguirle (cf. Lc 9, 23);

21. Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa en la plaza del Obradoiro* (Santiago de Compostela, 6 de noviembre de 2010).

aprende que precisamente en la fragilidad puede manifestarse la gracia de Dios: "Los peregrinos suelen salir de noche y muchas veces esa oscuridad inicial del camino puede asustarlos. Podríamos evocar el himno de vísperas, *La noche es tiempo de salvación*, para decir que, si vamos en buena compañía, las dificultades del caminar y el peligro de extraviarse se reducen. Es el Señor quien nos conduce, Él es el dueño de la historia y de cada una de nuestras historias, Él determina los tiempos. Nosotros caminamos tras de Él, más aún, caminamos con Él como miembros de un solo cuerpo"[22].

El peregrino también descubre que necesita de los demás y que nadie llega solo a la meta. Cuando se exalta frecuentemente la autosuficiencia y el individualismo, esta experiencia posee una enorme fuerza humanizadora. El Camino recuerda que el ser humano es constitutivamente relacional y que solo en la fraternidad puede comprender plenamente su propia dignidad. Además, la peregrinación educa en una verdad profundamente evangélica que ya hemos recordado: nadie se salva solo[23]. El peregrino necesita ayuda, hospitalidad, acogida y compañía. Aprende a recibir y aprende también a compartir. La experiencia del Camino rompe muchas veces las barreras sociales, culturales o ideológicas y hace surgir una fraternidad sencilla nacida de la vulnerabilidad compartida. En ello se revela algo esencial del Evangelio. La Iglesia es un pueblo peregrino que camina unido hacia el Reino de Dios sosteniéndose mutuamente en la fe y en la caridad.

Por eso el Camino de Santiago no es únicamente una antigua ruta de peregrinación ni un valioso itinerario cultural. Es también una escuela espiritual para el hombre actual. Una pedagogía de fe y de humanidad, una ruta vital donde todavía puede aprenderse que vivir no consiste simplemente en avanzar más rápido, sino en caminar con sentido; no en acumular experiencias, sino en descubrir una dirección; no en encerrarse en uno mismo, sino en abrirse a Dios, a los demás y a la esperanza que no declina ni defrauda (cf. Rom 5, 5).

La llegada a Santiago de Compostela y el paso por la Puerta Santa expresan simbólicamente esta transformación interior. El peregrino comprende que toda peregrinación cristiana es, en el fondo, una imagen de la vida entera orientada hacia el encuentro definitivo con Dios. Santiago de Compostela no es simplemente el final de un recorrido; es signo del destino último del hombre,

22. León XIV, *Saludo en el encuentro con los obispos de España* (Madrid, 8 de junio de 2026).
23. Francisco, *Fratelli tutti*, nn. 32, 54 y 137.

llamado a la comunión con Cristo (cf. 1Cor 1, 9): "Esta unión de Cristo con el hombre es en sí misma un misterio, del que nace el «hombre nuevo», llamado a participar en la vida de Dios, creado nuevamente en Cristo, en la plenitud de la gracia y verdad"[24].

Por ello, el Camino de Santiago puede convertirse hoy en un verdadero itinerario de evangelización y renovación espiritual. No solo porque conserva una inmensa riqueza histórica y cultural, sino porque continúa ofreciendo una experiencia profundamente humana y cristiana: la experiencia de descubrir que la vida es camino, que Cristo acompaña al peregrino y que, incluso en medio de las noches de la historia, sigue brillando la estrella que conduce hacia la alegría del encuentro con Dios. Por eso, "otro tesoro que no podemos olvidar en nuestra alforja [de peregrinos] es el Viático del peregrino. El Pan de la Palabra y de la Eucaristía nos son aún más necesarios que el alimento material, porque nos abren el camino de la salvación"[25].

II. En el Camino de Santiago renace la alegría

El gozo inmenso que inunda a los Magos (cf. Mt 2, 10) expresa uno de los sentimientos más hondos y luminosos de toda experiencia auténticamente cristiana: la alegría que nace del encuentro con Dios. Los Magos de Oriente, tras recorrer caminos inciertos y atravesar la oscuridad de la noche, experimentan una alegría desbordante cuando descubren nuevamente la estrella que orienta sus pasos hacia Belén. No se trata de una emoción superficial o pasajera, sino de la profunda certeza de que su búsqueda tiene sentido, de que no caminan solos y de que existe una luz capaz de conducirlos hacia la verdad.

También hoy muchos hombres y mujeres viven en búsqueda. Quizá no siempre sepan nombrar aquello que anhelan, pero permanecen interiormente inquietos. En medio de tantos ruidos y excesos que nos fragmentan interiormente, el corazón humano continúa buscando una alegría verdadera, que no sea efímera ni engañosa. Hoy tenemos innumerables posibilidades de entretenimiento y

24. San Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, n. 18.
25. León XIV, *Saludo en el encuentro con los obispos de España* (Madrid, 8 de junio de 2026).

consumo, pero no siempre encontramos razones profundas para esperar y vivir con plenitud. Se multiplican las ofertas de bienestar inmediato, pero persiste una silenciosa sed de hondura, de reconciliación y de paz interior. En este contexto, el Camino de Santiago sigue apareciendo como una experiencia singularmente significativa, porque es, sobre todo, un contexto humano y espiritual donde muchos hombres y mujeres vuelven a encontrarse con la alegría de caminar hacia una meta que da sentido a la vida.

Muchos peregrinos llegan al Camino llevando consigo cansancios interiores, heridas invisibles, preguntas no formuladas o búsquedas espirituales todavía confusas. Algunos llegan movidos explícitamente por la fe; otros buscan simplemente silencio, descanso o un nuevo comienzo. Pero el Camino de Santiago posee la capacidad de abrir espacios interiores donde el ser humano vuelve a escucharse a sí mismo y donde pueden renacer las grandes preguntas de la existencia. Por ello, en este Año Santo, haciendo nuestras las palabras del papa León XIV, "deseamos entrar en diálogo con todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, con quienes participamos juntos en los acontecimientos, las preguntas y las aspiraciones de la humanidad"[26].

Y precisamente ahí comienza muchas veces una inesperada experiencia de alegría. No la alegría superficial que depende únicamente de las circunstancias favorables, sino una alegría más profunda, nacida del redescubrimiento de lo esencial. El peregrino aprende pronto que la verdadera alegría no brota de la acumulación de bienes, del éxito o de la autosuficiencia, sino de la capacidad de vivir reconciliado consigo mismo, con los demás y con Dios.

La tradición cristiana sabe bien que la alegría constituye uno de los signos más auténticos del Evangelio. Cuando el hombre se encuentra verdaderamente con Cristo, algo nuevo nace en su interior. La fe no encierra al hombre en la tristeza ni en el miedo, sino que ensancha el corazón y devuelve la esperanza. Por eso el papa Francisco recordaba desde el inicio de su pontificado que "la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría" [27].

26. León XIV, *Magnifica humanitas*, n. 2.
27. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (Roma 2013), n. 1.

En el silencio del Camino, muchos peregrinos descubren nuevamente la belleza de la oración, el valor de una conversación sincera, la profundidad de la amistad nacida de la fragilidad compartida o la paz interior que brota de sentirse acompañado. La experiencia de caminar juntos crea vínculos sencillos y verdaderos. En el Camino desaparecen muchas veces las máscaras sociales habituales y la persona se presenta tal como es: vulnerable, necesitada de ayuda y abierta a la acogida de los demás.

Esta sencilla fraternidad constituye también una fuente de alegría, pues el que peregrina necesita ser ayudado y él mismo puede convertirse en ayuda para otros. En un mundo frecuentemente marcado por el individualismo y la indiferencia, el Camino vuelve a enseñar que la vida humana alcanza su verdad más profunda en la comunión y en el don de sí. Por ello, "la Iglesia considera compañeros de camino a todos aquellos que buscan sinceramente «la verdad, la bondad y la belleza», considerándolos «preciosos aliados» en la defensa de la dignidad de cada persona y en la custodia de la creación"[28].

Además, la alegría del Camino posee una dimensión propiamente espiritual y cristiana que encuentra su plenitud en el encuentro con el Señor. Como los Magos guiados por la estrella, también el hombre contemporáneo necesita signos que orienten su camino en medio de las incertidumbres de la historia. Y el Camino de Santiago continúa ofreciendo esa posibilidad: la posibilidad de reencontrarse con Cristo, luz que ilumina toda existencia humana, pues "el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (GS 22).

La estrella que contemplaron los Magos no eliminó las dificultades del viaje, pero les permitió reconocer que no caminaban sin rumbo. También hoy la fe cristiana no suprime automáticamente las pruebas y oscuridades de la vida, pero ofrece una luz capaz de sostener la esperanza y de abrir nuevamente el corazón a la alegría.

En este sentido, el Año Santo Compostelano 2027 quiere ser una gran invitación a recuperar la alegría de la fe. Una alegría humilde y serena, compatible con las dificultades del camino, pero más fuerte que el miedo y el desencanto. Es la

28. León XIV, *Magnifica humanitas,* n. 23.

alegría de experimentar que la vida posee sentido y que el horizonte último de la existencia no es la oscuridad, sino la comunión con Dios.

Por eso el Camino de Santiago sigue siendo hoy una verdadera escuela de esperanza y de alegría cristiana. En medio de una humanidad frecuentemente cansada y desorientada, continúa recordando que existe una estrella capaz de orientar nuestros pasos y que quien se deja conducir por ella puede experimentar, también hoy, la inmensa alegría del encuentro con Cristo: "Peregrinar no es simplemente visitar un lugar cualquiera para admirar sus tesoros de naturaleza, arte o historia. Peregrinar significa, más bien, salir de nosotros mismos para ir al encuentro de Dios allí donde Él se ha manifestado, allí donde la gracia divina se ha mostrado con particular esplendor y ha producido abundantes frutos de conversión y santidad entre los creyentes" [29].

III. Una Iglesia que acoge y acompaña

La gran tarea evangelizadora del Año Santo Compostelano no consistirá principalmente en multiplicar estrategias o actividades, sino en transparentar el rostro de Cristo a través de comunidades vivas, acogedoras y misericordiosas. Esto nos obliga a preguntarnos cómo anunciar hoy el Evangelio en una cultura que frecuentemente vive como si Dios no existiera y que, al mismo tiempo, muestra signos de una renovada búsqueda de horizonte trascendente, especialmente en las generaciones más jóvenes. Nos encontramos ante una situación paradójica. Por una parte, asistimos a un proceso de secularización que ha transformado profundamente la conciencia de nuestras sociedades. Dios ya no aparece para muchos como una referencia necesaria para comprender el mundo, orientar la conducta o dar orientación a la existencia. Como advirtió San Juan Pablo II, nuestra cultura atraviesa "una especie de eclipse del sentido de Dios y del hombre"[30]. Cuando Dios desaparece del horizonte, también se oscurece la verdad sobre el ser humano, su dignidad, su vocación y su destino.

Por otra parte, precisamente en medio de este eclipse, persiste una búsqueda que aflora en tantos peregrinos que recorren los Caminos de Santiago. Esta

29. Benedicto XVI, *Discurso en la visita a la Catedral de Santiago de Compostela* (6 de noviembre de 2010).
30. San Juan Pablo II, Carta encíclica *Evangelium vitae* (Roma 1995), n. 21.

misma cultura aparentemente autosuficiente manifiesta también síntomas de una profunda inquietud espiritual. Bajo la superficie de una sociedad que parece satisfecha con el bienestar material, emergen preguntas que no encuentran respuesta adecuada en los discursos dominantes. La incertidumbre ante el futuro, la fragilidad de los vínculos humanos, el sufrimiento, la experiencia de la soledad, la conciencia de los propios límites y el deseo de autenticidad continúan despertando en muchas personas la búsqueda de algo que trascienda lo inmediato.

Particularmente significativo resulta el fenómeno que observamos en numerosos jóvenes. Aunque muchos de ellos han crecido alejados de la práctica religiosa habitual y poseen escasos conocimientos de la tradición cristiana, no pocos manifiestan una sensibilidad nueva hacia las cuestiones espirituales y la pregunta por la fe. Buscan experiencias auténticas, rechazan los discursos meramente ideológicos, muestran interés por el silencio, la interioridad, la contemplación orante y el sentido cristiano de la vida. Una llamada directa a la Iglesia, a nuestras comunidades y movimientos para que nos replanteemos la acogida y el acompañamiento de estos jóvenes.

No bastan estrategias pastorales ni respuestas prefabricadas: los hombres y mujeres de nuestro tiempo necesitan testigos. Necesitan encontrar comunidades capaces de transparentar humanidad reconciliada, alegría serena y esperanza creíble. ¿Cómo seguir hablando de Jesucristo en un mundo que parece haber perdido la capacidad de escuchar? ¿Cómo evangelizar a personas que viven frecuentemente de espaldas a Dios? La respuesta no vendrá principalmente de estrategias o métodos, sino de la autenticidad del testimonio.

Hagamos nuestros los interrogantes que planteaba San Pablo VI a los que somos llamados a ser evangelizadores: "¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación. Sin andar con rodeos, podemos decir que en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos". Sin olvidar las preguntas que dirigía a la misma Iglesia: "¿Está anclada en el corazón del mundo y es suficientemente libre e independiente para interpelar al

mundo? ¿Da testimonio de la propia solidaridad hacia los hombres y al mismo tiempo del Dios Absoluto? ¿Ha ganado en ardor contemplativo y de adoración, y pone más celo en la actividad misionera, caritativa, liberadora?"[31].

El Camino de Santiago constituye un observatorio privilegiado para percibir esta realidad. Quienes recorren sus senderos representan, de algún modo, una imagen de la humanidad contemporánea. Muchos peregrinos llegan sin motivaciones explícitamente religiosas, pero llevan consigo preguntas profundamente espirituales. Algunos buscan reconciliarse con su propia historia. Otros desean encontrar orientación para decisiones importantes de su vida. Otros buscan silencio frente al ruido constante de la sociedad. Otros simplemente sienten la necesidad de detenerse y preguntarse quiénes son y hacia dónde caminan. Y precisamente ahí se abre un espacio privilegiado para la evangelización. No porque la Iglesia posea respuestas prefabricadas para todos los problemas humanos, sino porque custodia el anuncio de Aquel que constituye la respuesta definitiva a la inquietud del corazón humano: Jesucristo.

El Camino de Santiago constituye una extraordinaria oportunidad para una evangelización sencilla y profunda, por la que muchos peregrinos no se acercarán a Cristo a través de una argumentación apologética elaborada, sino a través del testimonio de una fe vivida. La acogida de un hospitalero, la disponibilidad de un sacerdote para escuchar, la oración sencilla de una comunidad, la belleza de una liturgia celebrada con dignidad o la caridad ejercida discretamente pueden convertirse en el primer anuncio del Evangelio. Como recordaba San Pablo VI, "el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio" (EN 41)[32]. Por eso la gran tarea evangelizadora del Camino consiste, ante todo, en el testimonio.

El peregrino actual no necesita encontrarse con una Iglesia preocupada principalmente por sí misma, por sus estructuras o por la mera conservación de sus espacios. Necesita encontrar una Iglesia capaz de salir a su encuentro, de compartir sus preguntas y de acompañar sus búsquedas. Algunos se acercan explícitamente buscando a Dios; otros simplemente buscan enraizar con

31. San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (Roma 1975), n. 76.

32. Estas palabras de San Pablo VI fueron pronunciadas originalmente en su *Discurso a los miembros del Consilium de Laicis* (2 octubre 1974).

hondura su vida; otros, quizá sin saberlo, buscan una palabra de esperanza capaz de iluminar sus incertidumbres.

Por ello, el Año Santo constituye para la Iglesia una oportunidad privilegiada de ejercer uno de los ministerios más necesarios de nuestro tiempo: el ministerio de la cercanía. Antes incluso de anunciar una doctrina, la Iglesia está llamada a hacerse compañera de camino. El mismo Jesucristo resucitado se reveló a los discípulos de Emaús caminando con ellos, escuchando primero sus decepciones y frustraciones, compartiendo sus preguntas y ayudándoles después a releer su historia a la luz de la Palabra de Dios (cf. Lc 24,13-35). Antes de explicar, Jesús acompaña; antes de enseñar, escucha; antes de corregir, comparte el camino.

También hoy la Iglesia está llamada a reproducir esta pedagogía del Resucitado. El Camino de Santiago ofrece un espacio privilegiado para ello. Cada parroquia, cada albergue, cada comunidad cristiana situada en las rutas jacobeas debería percibirse a sí misma como una prolongación de aquella posada de Emaús donde el Señor continúa encontrándose con los peregrinos.

Las parroquias del Camino están llamadas a convertirse en auténticas casas de hospitalidad. En una sociedad donde muchas personas experimentan la soledad, la indiferencia o la falta de vínculos significativos, la acogida cristiana adquiere una fuerza evangelizadora extraordinaria. Por eso sacerdotes, religiosos, voluntarios, hospitaleros y agentes pastorales deben comprender que su presencia en el Camino constituye una auténtica misión evangelizadora. No son simplemente organizadores o prestadores de servicios, sino, ante todo, testigos del Evangelio y servidores de la esperanza. Están llamados a acompañar procesos, a respetar ritmos, a escuchar heridas, a sostener búsquedas y a sembrar discretamente la semilla de la fe en el corazón de quienes se acercan. Muchas veces la tarea no consistirá en ofrecer respuestas inmediatas, sino en ayudar a que renazcan las preguntas adecuadas. No se trata de convencer: más bien es hacer visible, mediante la propia vida, la cercanía misericordiosa de Dios.

Esta misión resulta especialmente necesaria en el contexto cultural actual. Vivimos en sociedades donde abundan la información y las opiniones, pero donde escasean los espacios de escucha profunda. Muchas personas llevan dentro preguntas que nunca han podido formular, sufrimientos que nadie ha escuchado y búsquedas espirituales que permanecen ocultas bajo el ruido de la

vida cotidiana. La Iglesia que peregrina en el Camino de Santiago está llamada a ofrecer precisamente esa escucha que dignifica, acompaña y abre horizontes.

La Iglesia no es una suma de individuos que recorren caminos paralelos, sino un pueblo convocado por Dios para caminar unido. Como recuerda el Concilio Vaticano II, la Iglesia es el Pueblo de Dios peregrino en la historia, llamado a ser signo e instrumento de comunión para toda la humanidad (cf. LG 1). Y esto "exige a la Iglesia, en este tiempo de polarizaciones y contraposiciones cada vez más duras, un testimonio de unidad en la pluralidad: una comunión capaz de acoger la riqueza de los dones, de los carismas, de las sensibilidades que el Espíritu Santo suscita en el Pueblo de Dios. La imagen de Cristo se deja reconocer en el mosaico vivo de la Iglesia, donde muchas teselas, sin confundirse, convergen para manifestar la belleza del único Señor"[33].

En el Camino esta realidad se hace visible de una manera especialmente elocuente: personas de lenguas, culturas y condiciones muy diversas descubren que pueden caminar juntas porque comparten una misma condición de peregrinos: como una fecunda redundancia, es la sinodalidad en el Camino la que nos conduce, por medio del Apóstol Santiago, a la plena comunión con Dios y con los hermanos, al modo de un renovado Pentecostés en el que la multitud, cada uno en su propia lengua (cf. Hch 2, 6-11), escucha y proclama las grandezas de Dios: "A este lugar [Santiago] vienen los pueblos bárbaros y los que habitan en todos los climas del orbe… y las demás gentes innumerables de todas las lenguas, tribus y naciones vienen junto a él en caravana y falanges, cumpliendo sus votos en acción de gracias para con el Señor y llevando el premio de las alabanzas"[34].

En definitiva, el Año Santo Compostelano ofrece hoy a la Iglesia una oportunidad excepcional para mostrar uno de los rostros más bellos del Evangelio: el de una comunidad que acompaña, escucha, acoge y camina junto a la humanidad de su tiempo. Una Iglesia que no se sitúa frente al mundo como una realidad extraña o distante, sino que comparte las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de la humanidad, para conducirlas, con humildad y confianza, hacia el encuentro con Cristo, compañero de camino y fuente de toda esperanza (cf. GS 1).

33. León XIV, *Saludo en el encuentro con los obispos de España* (Madrid, 8 de junio de 2026).
34. *Codex Calixtinus,* Sermón *Veneranda dies,* libro I, cap. XVII.

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo quizá no esperan de la Iglesia grandes construcciones intelectuales ni respuestas abstractas. Esperan encontrar testigos; esperan descubrir comunidades donde la fe sea vivida con autenticidad; esperan encontrar lugares donde sea posible experimentar el perdón, la misericordia, la fraternidad y la esperanza: esperan encontrar hombres y mujeres cuya vida refleje algo de la alegría que nace del Evangelio.

Por eso, el Camino de Santiago representa hoy una oportunidad extraordinaria para la misión de la Iglesia. En él convergen la búsqueda del hombre y la iniciativa de Dios. En él se encuentran las preguntas de nuestro tiempo y la propuesta siempre nueva del Evangelio. En él, como sucedió a los Magos de Oriente, muchos pueden volver a levantar la mirada (cf. Jn 4, 35), reconocer la estrella y ponerse en camino hacia Cristo, fuente de la verdadera alegría.

Quizá la gran tarea pastoral del Año Santo Compostelano 2027 consista precisamente en esto: ayudar a nuestros contemporáneos a reconocer esa estrella que nos conduce al Señor, alegría de los hombres, como bellamente canta el conocido décimo movimiento de la cantata 147 de Johann Sebastian Bach. Pero, no imponiéndola, sino mostrándola; no sustituyendo la búsqueda, sino acompañándola; no ofreciendo respuestas apresuradas, sino caminando junto a quienes buscan. Porque, como ocurrió en Belén, Dios continúa saliendo al encuentro de quienes lo buscan con corazón sincero, incluso cuando todavía no saben nombrar aquello que verdaderamente anhelan (cf. Lc 2, 8-17).

IV. La hospitalidad, sacramento del encuentro

La hospitalidad constituye uno de los rasgos más antiguos, constantes y teológicamente densos de la experiencia cristiana. En el contexto del Camino de Santiago, esta virtud adquiere un relieve particular, pues el peregrino no es simplemente un viajero, sino un *homo viator*, alguien en búsqueda, en tránsito interior y exterior hacia Dios. La acogida del peregrino, por tanto, no es un gesto accesorio o meramente social, sino una expresión concreta del Evangelio vivido, una mediación de la gracia y un lugar privilegiado de encuentro con

Cristo: “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40).

Desde la Escritura, la hospitalidad aparece como una obligación sagrada. En el Antiguo Testamento, el extranjero es objeto de especial protección: «No oprimirás ni vejarás al forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto» (Ex 22,20). Este mandato no responde solo a una memoria histórica, sino a una teología de la elección: Israel, habiendo experimentado la misericordia de Dios, está llamado a reproducirla en su trato con el otro. La hospitalidad se convierte así en reflejo del obrar divino y en respuesta a la elección de Dios.

El episodio de Abraham en Mambré (cf. Gn 18,1-8) es paradigmático: el patriarca acoge a tres hombres desconocidos con generosidad y prontitud, y en ese acto de hospitalidad se revela la presencia de Dios. La tradición cristiana ha leído este pasaje como una epifanía trinitaria (icono de Rublev) y como una enseñanza permanente: en el huésped puede manifestarse el mismo Dios. Esta intuición será retomada con fuerza en el Nuevo Testamento.

En efecto, Jesucristo identifica su propia persona con el necesitado: «Fui forastero y me acogisteis» (Mt 25,35). Esta afirmación no es metafórica, sino ontológica en el plano de la caridad: el prójimo, especialmente el vulnerable, es como un sacramento de Cristo. La hospitalidad, entonces, se sitúa en el núcleo del juicio final. No se trata de una opción secundaria, sino de un criterio decisivo de autenticidad cristiana.

El mismo Señor vivió como peregrino y huésped. “El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Lc 9,58), lo que revela su condición itinerante y su dependencia de la acogida de otros. En el relato de Emaús (cf. Lc 24,13-35), los discípulos reconocen a Jesús precisamente en el contexto de la hospitalidad compartida: le invitan a quedarse, parten el pan con Él, y sus ojos se abren. La hospitalidad se convierte así en lugar de revelación.

San Juan Crisóstomo insiste con vigor en la obligación de la hospitalidad: "¿Queréis de verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consintáis que esté desnudo"[35]. Para él, la liturgia y la caridad son inseparables: no se puede venerar a Cristo en el altar y desatenderlo en el pobre o en el extranjero. Esta perspectiva resulta especialmente iluminadora en la celebración del Año Santo, donde la piedad y la práctica sacramental deben ir acompañadas de la acogida concreta del peregrino y de cualquier prójimo necesitado de nuestra ayuda y cercanía samaritana.

San Agustín, por su parte, subraya la dimensión espiritual de la hospitalidad. En uno de sus sermones, dedicado a la acogida de Cristo en casa de Marta y María (cf. Lc 10, 38-42), recuerda que todos somos peregrinos en esta tierra: "Somos aún peregrinos, que no hemos llegado a una residencia estable; estamos todavía de camino, aún no en la patria"[36]. Esta conciencia relativiza la posesión y abre al compartir. Quien acoge al peregrino reconoce en él su propia condición y anticipa la comunión definitiva en Dios.

San Benito de Nursia, en su *Regla*, establece un principio fundamental acerca de los huéspedes: "Adorarán en ellos a Cristo, a quien reciben… se le dará una acogida especial a los pobres y extranjeros, colmándolos de atenciones, porque en ellos se recibe a Cristo de una manera particular"[37]. Esta norma no es una simple recomendación ascética, sino una formulación teológica que recoge la enseñanza evangélica. El monasterio se convierte en un espacio de acogida donde el peregrino encuentra no solo techo y alimento, sino también un signo visible del amor de Dios.

En la tradición jacobea, la hospitalidad ha sido un elemento estructural desde sus orígenes. Hospitales, albergues, monasterios y parroquias jalonaban las rutas, ofreciendo asistencia material y espiritual. La acogida no se limitaba a la provisión de bienes básicos, sino que incluía la atención pastoral, la escucha, la reconciliación y la celebración de la fe. El peregrino era visto como un portador de bendición, alguien que, en su fragilidad, hacía presente a Cristo. Recordemos

35. San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo* 50, 3 (BAC 146, pp. 80-81).

36. San Agustín de Hipona, *Sermón* 103,1,1 (BAC 441, p. 859).

37. San Benito de Nursia, *Regla* LIII, 7.15 (BAC 406, pp. 155-156). León XIV, *Exhortación apostólica Dilexi te* (Roma 2025), n. 55: "La hospitalidad monástica benedictina permanece hasta hoy como signo de una Iglesia que abre las puertas, que acoge sin preguntar, que cura sin exigir nada a cambio".

como la primera guía del Camino, el *Códice Calixtino*, nos exhorta: "los peregrinos, tanto pobres, como ricos, han de ser caritativamente recibidos y venerados por todas las gentes cuando van o vienen de Santiago. Pues quienquiera que los reciba y diligentemente los hospede, no sólo tendrá como huésped a Santiago, sino también al Señor, según sus mismas palabras, al decir en el Evangelio: «El que os reciba a vosotros, me recibe a mi» … Por lo cual, sépase que los peregrinos de Santiago, tanto pobres como ricos, han de ser justamente recibidos y diligentemente atendidos"[38].

Y el Concilio Vaticano II, en la constitución *Gaudium et Spes*, "inculca el respeto al hombre, de forma que cada uno, sin excepción de nadie, debe considerar al prójimo como otro yo" (GS 27), superando toda forma de exclusión. Esta fraternidad universal se concreta en la acogida del otro, especialmente del que está en camino, desarraigado o necesitado.

San Juan Pablo II, profundamente vinculado al Camino de Santiago, subrayó su dimensión espiritual y eclesial. En su conocido discurso en Santiago de Compostela (1982), recordó que Europa se ha construido también a través de estos caminos de peregrinación, donde la fe se ha transmitido mediante la experiencia de encuentro y hospitalidad[39]. El Camino no es solo una ruta cultural, sino ante todo una vía de fe y de comunión. En este contexto, la hospitalidad aparece como un signo de la Iglesia que acompaña, sostiene y orienta. No se trata de una institución cerrada, sino de una comunidad en salida, abierta al encuentro: una Iglesia como casa abierta del Padre (cf.EG 47). La hospitalidad se convierte así en una forma concreta de evangelización.

En *Fratelli Tutti*, Francisco propone la parábola del buen samaritano como paradigma de la relación con el otro[40]. El samaritano no pregunta por la identidad del herido, sino que se hace prójimo de él (cf. Lc 10,25-37). De modo análogo, la acogida del peregrino no debe depender de su origen, motivación o creencias, sino brotar de una caridad universal que reconoce la dignidad de toda persona.

38. *Codex Calixtinus,* De cómo deben ser acogidos los peregrinos de Santiago, libro V, cap. XI.
39. Cf. San Juan Pablo II, *Discurso en el acto europeo en Santiago de Compostela (*9 de noviembre de 1982).
40. Cf. Francisco, *Fratelli tutti* (Cap. segundo: Un extraño en el camino), nn. 55-86.

En el contexto actual, marcado por la movilidad, la globalización y también por nuevas formas de exclusión, la hospitalidad cristiana en el Camino de Santiago adquiere una relevancia renovada. El peregrino contemporáneo puede estar movido por razones diversas - espirituales, culturales, deportivas -, pero en todos los casos es un interlocutor válido para el testimonio cristiano. La acogida se convierte en un lenguaje comprensible, en una "gramática" de la fe que no necesita traducción.

Sin embargo, esta hospitalidad no puede reducirse a una prestación de servicios. Existe el riesgo de una "turistificación" del Camino que vacíe de contenido espiritual la experiencia. La acogida cristiana debe distinguirse por su gratuidad, su personalización y su referencia explícita a Cristo. No se trata solo de gestionar flujos, sino de acompañar personas. Esto implica una formación adecuada de los agentes de pastoral y de los hospitaleros, que han de integrar competencia profesional y sensibilidad espiritual. La hospitalidad requiere tiempo, atención y una cierta disposición a la vulnerabilidad: acoger al otro implica dejarse afectar por él, entrar en relación.

En definitiva, la hospitalidad en el Camino de Santiago es una expresión privilegiada de la caridad cristiana. Acoger al peregrino es acoger a Cristo; servirle es participar en la misión de la Iglesia; caminar con él es anticipar la comunión definitiva. En un mundo fragmentado, esta práctica se convierte en un signo profético de unidad y esperanza, una invitación a redescubrir que, en el fondo, todos somos peregrinos hacia Dios y necesitamos ser acogidos en el camino.

Tal como nos invita el papa León XIV, debemos acentuar "el deseo de aprender más sobre el arte de la hospitalidad. La industria de las vacaciones quiere vendernos todo tipo de experiencias, pero quizá no lo que buscamos. En efecto, todo encuentro verdadero no se puede comprar, es gratuito: sea el que se tiene con Dios, como el que se tiene con los demás, o incluso con la naturaleza. Se necesita solamente hacerse huésped: hacer espacio y también pedirlo; acoger y dejarse acoger"[41].

41. León XIV, *Angelus* (20 de julio de 2025).

V. Peregrinos hacia la alegría

Las palabras del evangelista Mateo - "se llenaron de inmensa alegría al ver la estrella" (Mt 2,10) -, elegidas como lema del Año Santo Compostelano 2027, nos sitúan en el corazón mismo de la experiencia cristiana. Los Magos de Oriente no experimentan una alegría superficial ni un entusiasmo pasajero. Su alegría nace de haber encontrado nuevamente la luz que orienta sus pasos, de descubrir que su búsqueda no ha sido inútil y de intuir que el término de su peregrinación está cada vez más próximo. Después de la incertidumbre, de las preguntas y de la noche, la estrella reaparece como signo de la fidelidad de Dios y como promesa de un encuentro que transformará para siempre sus vidas: el lenguaje de la estrella es un mensaje de esperanza. Los Magos experimentan la alegría de quien comprende que no camina en vano, que existe una meta y que Dios mismo sale a su encuentro: eran "hombres con inquietud interior, hombres de esperanza que buscaban expectantes la verdadera estrella de la salvación"[42].

La alegría que brota de la contemplación de la estrella es, en realidad, la alegría de quien descubre que la existencia posee una dirección y un sentido. Es la alegría de quien deja de caminar a oscuras. Es la alegría de quien percibe que Dios no permanece distante ni indiferente ante la búsqueda humana, sino que sale al encuentro del hombre y le ofrece una luz capaz de orientar sus pasos.

Quizá pocas palabras resulten hoy tan necesarias como la palabra alegría. Vivimos en una sociedad que dispone de innumerables medios para producir bienestar, entretenimiento y satisfacción inmediata, pero que con frecuencia parece incapaz de ofrecer motivos profundos para la esperanza gozosa. Los datos y estudios sobre la soledad, la ansiedad, la depresión y diversas formas de malestar existencial revelan una paradoja inquietante: mientras aumentan las posibilidades materiales, muchos corazones continúan experimentando una profunda fragilidad interior.

Esta situación afecta especialmente a las generaciones más jóvenes. Muchos jóvenes han crecido en una cultura caracterizada por la incertidumbre, la quiebra de los vínculos, la aceleración tecnológica y la dificultad para formular proyectos

42. J. Ratzinger, *Jesús de Nazaret. Los relatos de la infancia* 103 (BAC Maior 118; Obras Completas VI/1, p. 69).

estables de futuro. No pocos experimentan una especie de cansancio existencial, una dificultad para encontrar razones sólidas que sostengan la esperanza. Y, sin embargo, precisamente entre ellos, emerge también una renovada búsqueda de autenticidad, de sentido y de plenitud, con una fuerte centralidad de los vínculos afectivos - la familia y la amistad - y una clara aspiración a disponer de tiempo para el ocio y el cuidado personal, junto a un aumento de la importancia atribuida a las creencias religiosas y espirituales[43].

Ante esta realidad, la Iglesia está llamada a redescubrir y anunciar nuevamente el Evangelio de la alegría. No se trata de una cuestión secundaria. La alegría pertenece al núcleo mismo de la revelación cristiana. Desde las primeras páginas del Evangelio encontramos el anuncio de una "una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo" (Lc 2,10). La encarnación del Hijo de Dios inaugura una historia de salvación destinada a llenar de gozo el corazón humano.

San Pablo VI comprendió con extraordinaria lucidez la importancia de este mensaje cuando publicó, en el Año Santo de 1975, la exhortación apostólica *Gaudete in Domino*, uno de los textos más bellos del magisterio contemporáneo sobre la alegría cristiana: "una especie de himno a la alegría divina el que Nos querríamos entonar, para que encuentre eco en el mundo entero y ante todo en la Iglesia: que la alegría se difunda en los corazones juntamente con el amor del que ella brota, por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rom 5,5)"[44]. Constata que el hombre moderno busca incesantemente la felicidad y, sin embargo, encuentra grandes dificultades para alcanzarla. Por eso, reconoce que la alegría constituye una aspiración universal inscrita en el corazón humano: "la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio"[45].

El Papa Montini reconoce las sombras, sufrimientos y contradicciones que

43. Cf. Fundación SM – Observatorio de la Juventud Iberoamericana, *Informe jóvenes españoles* 2026.
44. San Pablo VI, Exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (Roma 1975), n. 4.
45. San Pablo VI, *Gaudete in Domino*, n. 12.

acompañan la existencia humana. No propone una alegría ingenua ni sentimental. Conoce bien las heridas del mundo contemporáneo. Sin embargo, afirma con firmeza que existe una alegría que ninguna circunstancia adversa puede destruir completamente: la alegría que nace de la comunión con Dios: "La alegría cristiana es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado"[46]. Esta afirmación posee una enorme profundidad teológica. La alegría cristiana no es simplemente una emoción ni una actitud optimista ante la vida. Su fuente última es Cristo mismo. El creyente participa de la alegría del Resucitado. Por ello, puede subsistir incluso en medio del sufrimiento, de la prueba o de la incertidumbre. No depende exclusivamente de circunstancias favorables, sino de una presencia: la presencia viva del Señor. Esta intuición será retomada décadas después por el papa Francisco al comienzo de *Evangelii Gaudium*: "La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús" (EG 1).

La alegría cristiana nace siempre del encuentro con Cristo. Allí donde Cristo es acogido, renace la esperanza; allí donde la esperanza revive, florece nuevamente la alegría.

Por eso, la cuestión de la alegría no es simplemente un asunto afectivo o emocional. Tiene una profunda dimensión antropológica. La alegría humaniza. Una persona verdaderamente alegre no vive encerrada en sí misma. La alegría abre el corazón, ensancha la mirada, fortalece la capacidad de amar y genera vínculos de comunión. Por el contrario, la tristeza permanente, el resentimiento o la desesperanza tienden a encerrar a la persona sobre sí misma y a empobrecer sus relaciones. San Pablo VI percibió esta dimensión profundamente humana de la alegría cuando escribió: "el hombre experimenta la alegría cuando se halla en armonía con la naturaleza y sobre todo la experimenta en el encuentro, la participación y la comunión con los demás"[47].

La alegría aparece así íntimamente vinculada a la capacidad de salir de uno mismo, de abrirse al otro y de experimentar la belleza del don, una enseñanza de actualidad extraordinaria en una cultura frecuentemente marcada por el individualismo y el aislamiento.

46. San Pablo VI, *Gaudete in Domino,* n. 16.
47. San Pablo VI, *Gaudete in Domino,* n. 6.

El Camino de Santiago ofrece precisamente una experiencia privilegiada de esta alegría humanizadora. El peregrino descubre que las alegrías más profundas suelen ser también las más sencillas: la acogida recibida, la amistad inesperada, la conversación compartida, la belleza de un amanecer, la ayuda prestada en un momento de dificultad, el silencio de una iglesia abierta o la oración realizada al final de la jornada. Poco a poco aprende que la felicidad no consiste principalmente en poseer más, sino en vivir de otra manera.

La propia dinámica de la peregrinación educa en esta verdad. El peregrino avanza ligero de equipaje. Aprende a distinguir entre lo necesario y lo accesorio. Experimenta la alegría que nace de la gratuidad y de la fraternidad. Descubre que la vida encuentra su plenitud cuando deja de girar exclusivamente alrededor de uno mismo.

Pero existe una dimensión todavía más profunda. Toda peregrinación cristiana es, en el fondo, una parábola de la existencia humana encaminada hacia Dios. El Camino de Santiago no conduce únicamente a una meta geográfica: responde primero a una aspiración humana universal - el deseo de alegría - y conduce después a su fuente última, que es Cristo. Y es precisamente ese encuentro el que constituye la fuente última de toda alegría auténtica: "Ninguna ciudad santa constituye tal meta [la meta final de nuestra peregrinación terrena]. Esta se encuentra más allá de este mundo, en lo profundo del misterio de Dios, invisible todavía para nosotros; porque caminamos en la fe, no es una visión clara, y lo que seremos no se nos ha revelado todavía"[48].

Como los Magos, también los hombres y mujeres de nuestro tiempo continúan buscando una estrella que oriente su camino, también ellos atraviesan incertidumbres y noches, también ellos necesitan signos de esperanza. La misión de la Iglesia, en este Año Santo Compostelano, consiste precisamente en ayudarlos a descubrir que esa estrella sigue brillando, en recordar precisamente esta verdad fundamental: Cristo continúa saliendo al encuentro del hombre. Y que quien se deja conducir por Él puede experimentar, también hoy, la inmensa alegría de saberse amado, acompañado y salvado (cf. EG 264).

48. San Pablo VI, *Gaudete in Domino,* n. 63.

Por eso, la alegría que proponemos no es una emoción pasajera ni un optimismo superficial. Es la alegría del peregrino que descubre que no camina solo. Es la alegría de quien se sabe amado por Dios. Es la alegría de quien experimenta el perdón, la reconciliación y la esperanza. Es la alegría de quien encuentra finalmente aquello que buscaba, incluso cuando no sabía todavía ponerle nombre.

En una humanidad frecuentemente marcada por el cansancio, la inseguridad y el desencanto, el Año Santo 2027 está llamado a convertirse en una gran peregrinación de alegría. No una alegría evasiva que ignore los problemas del mundo, sino una alegría pascual, nacida de la certeza de que Cristo ha vencido el pecado y la muerte y continúa caminando junto a nosotros. Cómo no evocar las palabras de Dante en la *Divina Comedia*, cuando refiriéndose a Santiago, tanto a la memoria del Apóstol como a la Catedral que alberga sus restos, exclama: "Mira, mira; he aquí el varón por el cual, allá abajo, se visita a Galicia… Alma gloriosa, por quien la generosidad de nuestra basílica fue exaltada: haz resonar la esperanza en esta altura"[49].

Como los Magos de Oriente, también nosotros estamos llamados a levantar la mirada (cf. Jn 4, 35). Y cuando volvamos a descubrir la estrella que nos conduce hacia Cristo, podremos experimentar nuevamente aquella alegría inmensa que llenó el corazón de los primeros peregrinos de Belén y que sigue siendo, hoy y siempre, el don más hermoso del Evangelio. Porque la alegría cristiana no es simplemente una consecuencia de la fe. Es uno de sus frutos más hermosos. Es el signo de que el Evangelio ha llegado verdaderamente al corazón. Y es, quizá, uno de los testimonios más convincentes que la Iglesia puede ofrecer a una humanidad cansada pero todavía sedienta de esperanza.



49. Dante Alighieri, *Divina Comedia. El Paraíso.* Canto XXV 17-18. 29-30.

CONCLUSIÓN. Volver a levantar la mirada

El Año Santo Compostelano 2027 quiere ser una gran invitación a volver a levantar la mirada hacia la estrella. En medio de tantas dudas, necesitamos redescubrir que la vida no está condenada al vacío ni al absurdo, que Dios continúa caminando con la humanidad, que el Evangelio sigue siendo una palabra nueva y necesaria para nuestro tiempo.

El Camino de Santiago nos recuerda que la existencia humana es peregrinación, que nadie se salva solo, que necesitamos compañeros de camino, de hospitalidad, de silencio, de reconciliación y de esperanza: "¡Alcemos la mirada! Aprendamos de Jesús a mirar al prójimo, la gente, el mundo, "con los ojos de Dios", es decir, con amor, respeto y compasión"[50].

Mantener la identidad propia del Camino de Santiago - religioso y cristiano por su origen, por su espíritu y por su meta - es un desafío y una responsabilidad. Preservar esta identidad genuina es una tarea a la que todos, desde las parroquias del Camino, somos convocados. Cuidemos el Camino de Santiago como símbolo expresivo que alienta y sostiene el sentido y el gozo del peregrinar - aunque sea con esfuerzo y sacrificio- por el mundo, por la sociedad, por la vida.

Caminar hacia el Jubileo Compostelano 2027 puede parecer una ruta en el desierto. Sabemos que tenemos que recorrerlo llevando con nosotros lo esencial: el don del Espíritu Santo, la cercanía de Jesús, la verdad de su Palabra, el Pan eucarístico que nos alimenta, la fraternidad de la comunión eclesial y el impulso de la caridad. Es el agua del pozo la que hace florecer el desierto y como en la noche del desierto las estrellas se hacen más brillantes, así en el cielo de nuestro camino resplandece con vigor la luz de María, Madre de la Acogida (acogió en su seno al Hijo de Dios) y del Peregrino (la Palabra vino a habitar entre nosotros), a quien, confiados, nos encomendamos.

50. León XIV, Audiencia General (17 de junio de 2026).

Que el Apóstol Santiago acompañe a todos los peregrinos que, durante el Año Santo 2027, llegarán buscando luz para sus vidas y así puedan experimentar también ellos la inmensa alegría de volver a ver la estrella y reencontrarse con Cristo.

✠ Francisco José Prieto Fernández
Arzobispo de Santiago de Compostela

